

# Los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio: Un método dinámico e interpersonal de pedagogía religiosa

Tres capítulos comprende este estudio sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio:

1. El primer ser de los Ejercicios.
2. El proceso psicopedagógico de los Ejercicios.
3. El papel del ejercitador-maestro y del ejercitante-discípulo en los Ejercicios.

El primer capítulo es introductorio y pretende señalar el origen o el punto de partida de una experiencia personal — la de San Ignacio — que poco a poco se estructuró en método o camino pedagógico para ayudar a las experiencias de otros.

El segundo capítulo presenta la dinámica evolutiva de este método psicopedagógico, con sus objetivos y técnicas graduadas dentro de las cuatro etapas o «semanas» de los Ejercicios.

El tercero y último capítulo, señala los protagonistas visibles de este proceso pedagógico que son las personas del ejercitante y del ejercitador en sus papeles de discípulo y de maestro respectivamente. Son ellos, con una constante interacción complementaria, quienes justifican plenamente el nombre de método interpersonal que hemos asignado también a la pedagogía religiosa de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola.

## 1. *El primer ser de los Ejercicios*

El primer ser de toda obra hay que buscarlo en su autor. El primer ser de los Ejercicios Espirituales no puede hallarse más que en la personalidad de San Ignacio de Loyola.

Aquí, como en todo, la talla del autor da la medida de la obra salida de sus manos. Cuando esta obra no sólo ha salido de las manos del artifice sino que ha salido de su propia vida y continúa identificada

con ella, entonces obra y artista se confunden casi en una misma realidad.

### 1.1. *Fruto de la experiencia personal de San Ignacio*

Lo primero que debe señalarse, pues, es el carácter de autoexperiencia o autobiografía ignaciana que encierran los Ejercicios Espirituales. Tenemos sobre este particular un importante testimonio del P. González de la Cámara, quien interrogó a San Ignacio sobre este punto, el 20 de octubre de 1555. Y recibió en respuesta la importante confesión de que:

«Lui mi disse che gli essercitii non gli hauea fatti tutti in una uolta, senonchè alcune cose, che lui osseruaua nell'anima sua, et le trouaua utili, gli pareua che potrebbero anche essere utili ad altri, et cosi le metteua in scritto, uerbi gratia, dello examinar la conscientia con quel modo delle linee, etc. Le electioni spetialmente mi disse che le haueua cauate da quella uarietà di spirito et pensieri, che haueua quando era in Loyola, quando staua anche malo della gamba.» (1)

Otro testimonio nos viene de Diego Láinez quien escribe a Polanco en junio de 1547 refiriéndose a la estancia de San Ignacio en Manresa:

«Cerca deste tiempo hizo confesión general de toda su vida, y vino, quanto a la substancia, en estas meditaciones que decimos exercicios... tuvo tanta lumbre del Señor... singularmente en el misterio de la Trinidad... que con ser hombre simple y no saber sino leer y escrebir en romance, se puso a escrebir della un libro.» (2)

El P. Polanco, futuro secretario de San Ignacio, volverá a ratificar los puntos principales ya antes mencionados: que los Ejercicios son fruto conjuntamente de Dios y de la experiencia religiosa de San Ignacio:

«... entre otras cosas que le enseñó Aquel qui docet hominem scientiam en este año, fueron las meditaciones que llamamos Ejercicios espirituales, y el modo dellas; bien que después el uso y experiencia de muchas cosas le hizo más perfeccionar su primera invención». (3)

Parecido testimonio recogemos del P. Jerónimo Nadal sobre este punto cuando nos dice claramente:

(1) Monumenta Historica Societatis Iesu (MHSI) — Scripta de Sto. Ignatio, tom. I, pág. 97.

(2) MHSI — Fontes narrativi, tom. I, pág. 82; Scripta de Sto. Ignatio, tom. I, pág. 103.

(3) MHSI — Fontes narrativi, tom. I, pág. 163.

«Vbi primum bonam exercitiorum partem scripsit, nondum litteras attigerat; (...) ...quae meditationes illam vehementius iuuabant, illas in libello describebat. (...) Post consumata studia, conguessit delibationes illas exercitiorum primas, addidit multa, digessit omnia, dedit examinanda et iudicanda sedi apostolicae.» (4)

Varias etapas se adivinan en este ir experimentando en sí los Ejercicios, y luego ir escribiendo sus observaciones para poder aprovechar a los demás.

La primera, en Loyola durante su convalecencia, cuando experimentó la variedad de ánimos y espíritus y se conquistó para Cristo tras duro trabajo de «elección» de estado.

La segunda, en Manresa. No puede, con todo, hablarse aún de verdadero libro de los Ejercicios. En este período manresano los «Ejercicios» no serían probablemente más que «un cuaderno íntimo de uso personal» según frase de Iparraguirre. Aunque ya formarían una primera unidad sistemática y podrían llamarse un manual o método.

La fase de ordenar, perfeccionar, revisar todo el Cuaderno, agregar nuevas adiciones y reglas e iniciar la primera versión latina, tendría lugar seguramente en París hacia 1534 durante sus largos años de estudios universitarios. Y ésta podría muy bien ser la tercera etapa de elaboración de los Ejercicios.

Podemos decir que, en este tiempo, el manual de los Ejercicios ya no es un simple borrador personal para uso privado sino un método elaborado, pasado en limpio, perfeccionado y completado por las últimas experiencias.

Muy posiblemente, desde 1531 hasta la aprobación del texto por Paulo III, en 1548, San Ignacio iría todavía — en lo que podemos llamar cuarta etapa de elaboración — precisando su pensamiento en expresiones cada vez más exactas, como puede observarse al analizar hoy los diversos textos paralelos de los Ejercicios (5).

Repetimos con la mayor parte de los historiadores, que los Ejercicios son ante todo el libro de la experiencia espiritual de San Ignacio, de su experiencia de conversión, que luego quiso transmitir, comunicar, y enseñar a los demás para santificarles.

## 1.2. *El texto de los Ejercicios*

No se conserva hoy el texto primitivo y original en castellano de los Ejercicios escrito por San Ignacio en Manresa, ni tampoco el texto que probablemente fue retocando y corrigiendo más tarde du-

(4) MHSI — Nadal, *Epistolae*, tom. IV, pág. 826.

(5) MHSI — *Monum. Ignatiana - serie II, Exercitia Spiritualia Sti. Ignatii de Loyola*, pág. 142.147.

rante su estancia en París. Tampoco podemos decir que se conserve ningún texto de los Ejercicios, todo él de puño y letra de San Ignacio.

El historiador Cándido Dalmases (6) sostiene que el texto autógrafo que conservamos es una transcripción hecha por algún copista desconocido, aunque con el doble mérito de ser el ejemplar que usó San Ignacio personalmente, y contener muchas correcciones directas de su mano, cambiando y añadiendo términos. Precisamente por tener estos retoques auténticos de San Ignacio, suele llamarse a este primer ejemplar, el texto autógrafo.

Está publicado este texto en la colección histórica «Monumenta Ignatiana», por el P. Codina, en 1928, y ha sido reproducido últimamente en diversas publicaciones y libros. Es el texto de los Ejercicios que usamos aquí en nuestro estudio, ligeramente modernizada la ortografía, tal como lo hace también la edición de la Biblioteca de Autores Cristianos de Madrid (7).

Con todo, hay que aclarar que este texto autógrafo, aún siendo para nosotros el que mejor y más exactamente reproduce el pensamiento ignaciano, no fue el texto presentado a la aprobación pontificia y, por tanto, no goza del privilegio de «texto aprobado» por el Papa.

Efectivamente, el texto aprobado por el Sumo Pontífice, es una versión latina, probablemente la más antigua — «versio prima» —, hecha en París, allá por el año 1534 quizás, o como prefieren otros escrita algunos años más tarde, seguramente por el mismo San Ignacio.

Sin embargo, debido a su estilo difícil y tosco, el mismo San Ignacio, a lo que parece, mandó hacer una segunda traducción latina, más elegante y pulida que la suya, al humanista P. Andrés de Freux. Esta versión latina, de alguna manera fue elegida como versión oficial y designada «versión vulgata». Fue presentada al Papa Paulo III y aprobada por éste en Breve de 31 de julio de 1548, junto con la primera versión latina menos elegante.

Este traductor, sin embargo, pagó tributo al gusto de la época y nos dio una versión poco acomodada al original castellano por preocuparse más del aspecto estilístico que de traducir con toda su fuerza idiomática el pensamiento ignaciano.

Precisamente por esta falta de exactitud literal al autógrafo castellano, ya la Congregación General V, en 1594, encargó una nueva versión latina a un equipo de diez peritos. Pero estos Padres peritos redujeron su labor a ir añadiendo notas aclaratorias al texto de la segunda versión latina.

Fue más adelante, en 1835, en tiempos del P. Roothaan, verdadero restaurador de los Ejercicios Espirituales, cuando se llevó a cabo una

---

(6) C. Dalmases: «Notas ignacianas»: Revista «Estudios Eclesiásticos», n. 24 (año 1950), pág. 98-101.

(7) I. Iparraguirre y C. Dalmases: «Obras Completas de San Ignacio de Loyola», Edic. BAC., Madrid 1952, pág. 153-238.

nueva versión — sería la tercera, por tanto — que salvara los inconvenientes dichos. El P. Roothaan, se entregó personalmente a traducir — lo más literalmente posible — al latín la palabra y el significado del texto autógrafo, sin ninguna pretensión literaria. Con ello, la tercera versión latina se aproxima mucho más al pensamiento ignaciano y por este motivo esta traducción ha venido, sobre todo fuera de España, a reemplazar a las anteriores, y a usarse prácticamente como edición vulgata.

### 1.3. *Un manual práctico de santificación*

Desde luego el libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio no es un tratado espiritual, ni una colección de meditaciones doctrinales. Es un libro de observaciones concretas, prácticas sistematizadas, «un conjunto de instrucciones diversas destinadas a dirigir el cumplimiento de cierto número de ejercicios interiores sistemáticamente ordenados» (8).

San Ignacio había escrito estos apuntes, no para que fuesen «leídos», sino para que se «hiciesen», tal como ocurre con un manual práctico de ejercicios. Y así consta que escribiendo a Alexis Fontana, el día 8 de octubre de 1555, al enviarle el libro de los Ejercicios tiene buen cuidado de añadir:

«... la fuerza y energía dellos consiste en la práctica y exercitio conforme a su nombre, y suele importar mucho que los dé quien sea exercitado» (9).

La forma o presentación de los Ejercicios parecerá desconcertante a quien tome este libro como lectura espiritual, y aun como libro de estudio para conocer la espiritualidad ignaciana. Se trata de un manual práctico que contiene observaciones, métodos de oración, de exámenes de conciencia, de reflexión, deliberación o «elección», de esquemas y planes de meditaciones y contemplaciones, de reglas de toda clase para reformar cristianamente la vida. Y todo, encadenado, escalonado, hacia un objetivo determinado.

El libro se abre con veinte «Annotaciones» o advertencias destinadas a orientar y guiar tanto el trabajo del director o ejercitador como el trabajo del ejercitante:

«Annotaciones para tomar alguna inteligencia en los Exercicios spirituales que se siguen, y para ayudarse así el que los ha de dar, como el que los ha de rescibir.» (10)

(8) De Guibert, José, S. I., o.c., pág. 72.

(9) MHSI — Monum. Ignatiana - serie I, Epistolae Sti. Ignatii, tom. IX, pág. 702.

(10) I. Iparraguirre y C. Dalmasas: «Obras Completas de San Ignacio», BAC., Ejercicios Espirituales, pág. 153.

El carácter eminentemente funcional y auxiliar de este libro queda resaltado por el hecho de que, estas veinte anotaciones o advertencias prácticas, vayan incluso precediendo al nombre explicativo del libro: «Ejercicios espirituales para...» (11).

De nuevo encontramos la marca de lo práctico, en una nota o «presupuesto», dirigida a prevenir en el ejercitante toda impresión o interpretación desfavorable, por ser tan esencial en esta pedagogía espiritual ignaciana el clima de plena confianza y comprensión entre ejercitador y ejercitante.

Sigue el primer capítulo propiamente tal o «Primera semana», con un enfoque finalístico muy ignaciano: conocer el fin del hombre y de todo lo creado. Empieza con un «principio y fundamento» o serie de verdades jerarquizadas sobre Dios, los hombres y las cosas.

De nuevo sigue algo típicamente propio de un método, de un manual: un conjunto de notas sobre el modo práctico de hacer el examen de conciencia previo a la confesión, con un sistema de examen particular y corrección de defectos.

Siguen cinco meditaciones encadenadas y graduadas, para hacerse el primer día todas ellas. Notemos el significado pedagógico de la cuarta meditación como repaso o repetición de las dos primeras, y así mismo la quinta como una aplicación de los sentidos interiores a un tema concreto: en este caso el infierno.

Viene otra vez un cuerpo de observaciones práctico-concretas sobre la marcha de los Ejercicios en esta primera etapa o «semana». Son diez notas adicionales — de ahí su nombre de «adiciones» — que proponen medios para aprovechar mejor el esfuerzo del ejercitante en este momento.

La segunda etapa o «semana» se inicia con una introducción — «llamamiento de Cristo» — que será el motor que encauzará hacia una finalidad apostólica el trabajo de las contemplaciones siguientes acerca de la vida privada y pública del Señor.

También aquí de nuevo, encontramos mezclados con las meditaciones, documentos y direcciones para la práctica. Concretamente son los documentos «para considerar estados» (n. 135); «para hacer elección» (n. 169); «para tomar noticia de qué cosas se debe hacer elección» (n. 170); «tres tiempos para hacer sana y buena elección» (n. 175) y «para enmendar y reformar la propia vida y estado» (n. 189).

En esta «segunda» semana, se añaden algunas meditaciones y consideraciones — «Banderas», «Binarios», «Grados de humildad» — para ayudar más al sujeto a disponerse con plenas garantías a hacer una buena elección o programa de reforma de vida.

Siguen una «tercera» y una «cuarta» semana para consolidar la elección hecha ya, y para llegar a la plena generosidad en la identificación del ejercitante con Cristo paciente — «tercera semana» — y Cristo glorioso — «cuarta semana» —. Como broche y colofón hallamos una Contemplación «para alcanzar amor» (n. 230).

(11) Ibid. n. 21, pág. 160.

A continuación, para rematar, nos volvemos a encontrar con documentos propios de un Manual espiritual o de un Método práctico para santificarse: «Tres modos de orar» (n. 238), esquemas o puntos muy breves sobre el Evangelio (n. 262-312) para dar lugar a un plan de contemplaciones. Y además varias series de Reglas, de consejos sobre el discernimiento de espíritus, sobre la distribución de limosnas, sobre los escrúpulos, sobre la conformidad de sentimientos con las autoridades de la Iglesia, etc.

Después de lo dicho, pueden servir de resumen y confirmación de todo lo anterior, las palabras de un profundo conocedor de los Ejercicios en nuestros días, el P. Ignacio Casanovas. Según él, San Ignacio, nos da en los Ejercicios:

«... un método práctico para saber vivir la santidad en su grado más perfecto, enseña la santidad pura y total, sacándola de la doctrina y de los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo». (12)

San Ignacio, tan ajeno y enemigo de alabanza, mayormente propias, nos ha dejado el mejor comentario de su método-espiritual en carta a su confesor el Doctor Miona. Después de exhortarle a que «se ponga en ejercicios espirituales», dice de ellos que son:

«... todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprouechar a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprouechar a otros muchos;...» (13)

## 2. *El proceso psicopedagógico de los Ejercicios*

En el capítulo anterior, señalábamos brevemente el contenido de este libro en sus cuatro «semanas» o etapas de desarrollo.

Vamos ahora a seguir más despacio el proceso de estas «semanas», reparando sobre todo en sus aspectos psicoideológicos en cuanto al objetivo que persiguen y en cuanto a los caminos o etapas pedagógicas que se han de recorrer hasta llegar al fin.

Los Ejercicios Espirituales son en síntesis, un método dinámico para integrar al hombre, de modo que el hombre pueda ser integrado luego por Dios. Un método psicopedagógico en el campo religioso para hacer al hombre totalmente libre de sí mismo, de modo que la acción de la gracia de Dios sobre él no encuentre obstáculos ni sea rechazada por las fuerzas interiores y ocultas de la naturaleza.

(12) Casanovas, Ignacio: «Comentario y explicación de los Ejercicios», vol. I, págs. 23-29.

(13) MHSI — Monum. Ignatiana - serie I, Epistolae Sti. Ignatii, tom. I, pág. 113.

### 2.1. *La elección como objetivo y meta*

Partimos del supuesto de que el método de los Ejercicios, la Elección de estado o elección para reformar la vida, es el objetivo y meta de todo el proceso psicológico. Entiende San Ignacio por «elección» un escoger, una decisión de la voluntad, una opción, una preferencia práctica en algún punto importante relacionado con nuestra vida. Los Ejercicios Espirituales son por tanto según esto, un método para elegir, un instrumento psicológico que provee y procura las condiciones adecuadas para que el hombre pueda hacer una recta y buena elección.

Tengamos en cuenta que es todo el hombre quien efectúa esta elección, un hombre enormemente solidario consigo mismo en todo lo que hace y quiere. Cualquier acto de elección afecta a todo el individuo en su totalidad.

Esta elección es, repetimos, el objetivo y la meta a la que se enfocan los Ejercicios. Y todo lo que viene antes de la elección es etapa preparatoria para disponer al ejercitante a ella en las mejores condiciones. Igualmente cuanto sigue a la elección — durante la tercera y cuarta semana — también está en función de la misma elección para consolidarla y fortificarla.

En qué consisten estas etapas fundamentales nos lo dice San Ignacio en el mismo título explicativo de su libro:

«Ejercicios Espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea.» (14)

Este texto nos muestra con claridad que la conquista de uno mismo se postula como un medio para ordenar la propia vida; cuyo orden a su vez produce un estado de alma en el que cualquier decisión volitiva que hace la persona al elegir, estará libre de afectos desordenados.

Reflexionando sobre este enunciado-definición de los Ejercicios, es fácil encontrar dos aspectos distintos. El primero aparentemente negativo en cuanto que va a quitar o restar algo, y otro aspecto positivo en el sentido de poner, sumar algo nuevo.

Se trata de dos maneras de trabajar durante los Ejercicios: trabajo de análisis o de conocimiento propio, y trabajo de autosíntesis para reorganizar la nueva personalidad.

Durante todo el proceso de los Ejercicios, San Ignacio irá distribuyendo casi simultáneamente ambos trabajos al ejercitante, aunque el primero — trabajo de análisis y autoconocimiento — sea más propio de la primera semana, y el segundo o trabajo de autosíntesis, más propio de las últimas semanas.

---

(14) I. Iparraguirre y C. Dalmases: «Obras Completas de San Ignacio», BAC., pág. 160.



## 2.2. *Condiciones favorables para una buena elección*

En el libro de los Ejercicios están presentes muchas condiciones, por supuesto, de un modo implícito. Por ejemplo las que regulan una buena elección.

### 22.1. *Percepciones afectivas*

En una elección — como acto de la voluntad iluminado por la razón —, el entendimiento actúa primero iluminando el camino. De modo que la percepción intelectual de los objetos que se han de elegir, influye poderosamente sobre la decisión ulterior que haga la voluntad. Por otro lado, es un hecho de experiencia psicológica que, a su vez, las percepciones intelectuales del hombre están influenciadas por una percepción previa y fundamental: la percepción de sí mismo.

Evidentemente, de todo esto, se pueden ya sacar algunas conclusiones: Primera, que las elecciones correctas, dependen de percepciones correctas. Y correlativamente, percepciones equivocadas, vienen a su vez de falsas percepciones. Segundo, que en la raíz de cualquier verdadera y recta elección ha de haber una correcta y verdadera idea de sí mismo.

No basta tener en cuenta que las percepciones condicionan la elección del ejercitante. Importa añadir que toda percepción va coloreada por el sentimiento y que, son las percepciones afectivas las más influyentes en orden a hacer una buena o mala elección. Se piensa a través de los sentimientos y de las emociones. Se percibe lo que gusta ver, lo que interesa ver, lo que se tiene como importante. Consciente o inconscientemente, la ley del sentimiento colorea toda percepción intelectual.

Y no hay duda de que por la misma naturaleza subjetiva, fluctuante y relativa de todo sentimiento, puede venir más fácilmente el desorden de la conducta humana.

San Ignacio en los Ejercicios tiene muy en cuenta que la raíz del desorden de las operaciones humanas es debida al sentimiento — «afecciones desordenadas» —, y al sentimiento hace responsable de las percepciones equivocadas sobre lo bueno y lo malo, y en último término de las elecciones erróneas.

San Ignacio lo tuvo en cuenta al señalar este camino de «...quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina». (15)

Consiguientemente, se echa de ver que el ejercitante tendrá que pasar por dos etapas: Primera, de lucha contra las falsas percepciones que tiene de Dios, de las cosas y de sí mismo. Segundo, introducir en su lugar percepciones más correctas y adecuadas respecto de Dios, de los demás y de sí mismo.

---

(15) Ibid. pág. 153.

Y porque, como se ha dicho, por un lado el propio yo del ejercitante está en la raíz y principio de todo, y por otro es el afecto o amor quien rige prácticamente el proceso humano, el trabajo del ejercitante consistirá en arrancar radicalmente el afecto desordenado que se tiene a sí mismo para plantar en su lugar un nuevo afecto ordenado.

## 22.2. *Actitudes o disposiciones*

La segunda condición favorable para emprender con garantías de éxito el trabajo de los Ejercicios es tener una actitud activa de entusiasmo generoso. Sin actividad interna y generosidad no habría de hecho método ignaciano.

Basta recordar la 1.<sup>a</sup> Anotación, verdadero prólogo o introducción a los Ejercicios Espirituales:

«... por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la consciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones,...». (16)

San Ignacio pide al que se acerca a hacer los Ejercicios Espirituales una actitud volitiva de aliento, de querer aprovechar y preparar. Lo dice expresamente en la Anotación 18:

«Assimismo, según que se quisieren disponer, se debe dar a cada uno, porque más se pueda ayudar y aprovechar». (17)

Y en otra Anotación — la n.º 20 — dice que se dan los Ejercicios Espirituales completos, entre otras cosas «...y que en todo lo posible desea aprovechar,...». (18)

Se pide además una actitud cordial de serenidad, de paz y longanimidad. San Ignacio la llama «disposición de ánimo», a modo de entusiasmo o valentía, esperanza de éxito, coraje, energía, para superar las dificultades debidas a la propia flaqueza individual. Lo que viene expresado por la famosa Anotación 5.<sup>a</sup> que da el retrato perfecto de lo que se pide al ejercitante:

«...mucho aprovecha entrar... con grande ánimo y liberalidad...». (19)

Este ánimo pronto se orienta hacia lo más costoso y difícil: la propia voluntad y libertad:

«... grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina ma-

(16) Ibid. pág. 153.

(17) Ibid. pág. 158.

(18) Ibid. pág. 159.

(19) Ibid. pág. 154.

jestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva...». (20)

Precisamente cuando el ejercitante no sabe aún qué pasará a lo largo de los Ejercicios, ni ha conocido concretamente cuál será el obstáculo personal contra el que deberá trabajar y luchar — «vencerse a sí mismo» —, San Ignacio le hace dar un salto de trampolín que le sitúe ya inicialmente como habiendo superado el obstáculo. En este acto de ofrecerse totalmente — «todo su querer y libertad» — e incondicionalmente.

San Ignacio volverá más de una vez a esta táctica radical de entrega inicial plena, antes de llevar al ejercitante a recorrer por sí, paso a paso, el camino de conocerse y ordenar su vida dentro del plan concreto de Dios.

Todo esto era necesario para tener una actitud inicial favorable. La importancia de esta actitud es decisiva, ya que los Ejercicios de ningún modo pueden obrar mecánicamente. San Ignacio sabía bien que es perder el tiempo dar los Ejercicios Espirituales si falta la adecuada actitud o disposición favorables.

### 2.3. *Primera etapa: la realidad del orden*

En los Ejercicios al procurar San Ignacio eliminar las falsas percepciones del ejercitante, y concretamente la falsa percepción sobre sí mismo, usa como medio más directo, el enfrentarse al ejercitante con la realidad.

La realidad que San Ignacio presenta al ejercitante abarca la totalidad de Dios, los demás y uno mismo. Es la realidad del plan creador de Dios puesto en acción. Dios como centro de todo lo existente por él. Dios que existe, que vive, que crea: ésta es la realidad suprema y más radical. Dios, como poseedor de todo, como señor y creador.

En las líneas primeras, a modo de introducción o Principio y Fundamento, con las que se abre la marcha de los Ejercicios, se expone este plan del orden:

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.» (21)

Aquí el ejercitante descubre que el mundo no es un sistema centrado en el hombre, en el propio yo individual tal como nuestras

(20) Ibid. pág. 154 y 155

(21) Ibid. pág. 161 y 162.

falsas percepciones lo muestran. La verdadera realidad del mundo es «teocéntrica». Y el hombre ha de vivir esta vida teocéntrica.

En el ejercicio del Principio y Fundamento se rectifica esta falsa percepción del ejercitante. La idea que cada uno adquiere está más cerca de un «yo creado» y más lejos de un «yo creador». Una idea de sí, dependiente de un ser superior. Es precisamente la voluntad de Dios la que dicta el plan de vida al hombre y le señala su puesto en el mundo, la encargada de devolver al ejercitante su verdadera y exacta idea de lo que es y para lo que es.

Además, en el Principio y Fundamento, también se corrigen las falsas percepciones con respecto a las demás cosas. Todas las otras cosas sobre la «faz de la tierra» — como se dice allí —, son para el hombre, para que le ayuden a ir a Dios. De ahí, pues, una escala objetiva de valores presentada ante los ojos del ejercitante: Dios, él, mismo, y las demás cosas, en una escala de subordinación y por tanto de orden y jerarquía.

Hay todavía otra realidad más oculta que el Principio y Fundamento ayuda a descubrir. El Principio y Fundamento, al hablar de un orden de creación actual, tal como lo encontramos en la historia viva, implícitamente incluye una realidad más honda en la persona humana: la realidad que habla de una creación invisible y sobrenatural, y por tanto de un hombre también elevado o recreado a ese nivel superior y sobrenatural.

Aquí se esconde un segundo factor de importancia que tendrá que descubrir el ejercitante al enfrentarse con la realidad verdadera: el orden sobrenatural, la vida divina comunicada al hombre, o sea la naturaleza elevada, que exige nuevas correcciones en el modo de ver las cosas. Aunque la captación de esta nueva realidad sobrenatural tendrá que ser trabajo largo y lento que, poco a poco, el ejercitante irá profundizando durante todo el proceso de los Ejercicios.

Por estos motivos, se echa de ver que el ejercicio del Principio y Fundamento, plenamente entendido, ataca de raíz las falsas percepciones basadas en el egocentrismo y en el naturalismo, fuentes primarias de las que brota todo desorden humano.

El Principio y Fundamento al presentarle el programa ideal, el plan ordenado de Dios, hace en el ejercitante el efecto de un fogueo de luz y le muestra, consiguientemente, la única actitud verdadera del hombre: la teocéntrica y sobrenatural bajo su dependencia y servicio. Y no cabe duda de que esta contemplación del maravilloso plan ideal por el ejercitante, consigue serenar su mente y atraer su corazón hacia lo más perfecto, al propio tiempo que refuerza sus deseos y dispone los ánimos para contemplar el anverso del Principio y Fundamento.

#### 2.4. *Segunda etapa: la realidad del desorden*

San Ignacio va a señalar en seguida al ejercitante otra realidad no menos importante: la realidad del desorden del hombre, la reali-

dad del «yo pecador». Y le hará recorrer los caminos del pecado... pasado, actual o posible, para enfrentarle con esta realidad tan íntima de su ser. Empieza el ejercitante a descubrir su yo existencial, temporal, actual, fruto del mal uso de su libertad. A esto van las meditaciones de la Primera Semana:

«Primer ejercicio es meditación con las tres potencias sobre el 1.º, 2.º y 3.º pecado... ( ... ) (n. 45)  
 Segundo ejercicio es meditación de los pecados... (n. 55)  
 Tercero ejercicio es repetición del 1.º y 2.º ejercicio haciendo tres coloquios... (n. 62)  
 Cuarto ejercicio es resumiendo este mismo tercero (n. 64).»  
 (22).

San Ignacio pide ahora al ejercitante, en esta primera semana, un trabajo de exploración del yo a base de hondo «conocimiento interno» y de «sentimiento interno». Y todo para penetrar más en las entrañas de la realidad personal.

Lo que San Ignacio pretende aquí, es insistir en un sentimiento desagradable pero auténtico, en la aversión que causa la imagen del mal y del pecado, sobre todo cuando refleja la propia conducta, y es un retrato del propio yo.

En esta «primera semana» hay un evidente intento de apurar y bajar hasta los mismos fondos secretos de la personalidad real. Se pide y busca, no sólo un conocimiento interno de los propios pecados y aborrecimiento de ellos, sino aborrecimiento del desorden mismo como fuente del pecado; y un aborrecimiento del mundo, como escenario y causa parcial de este desorden:

«... que sienta el desorden de mis operaciones, para que aborreciendo me enmiende y me ordene ( ... ) conocimiento del mundo para que aborreciendo aparte de mí las cosas mundanas y vanas...» (23).

San Ignacio ha pretendido incluso llegar a ordenar la motivación inconsciente, las pasiones e instintos fundamentales, las disposiciones afectivas no conocidas. Y son precisamente estas fuerzas invisibles las que suelen presentar mayor resistencia a toda transformación, porque muchas veces han cristalizado en su estructura, o han quedado desdibujadas como mecanismo de defensa al servicio del egoísmo.

Este trabajo en contra del egoísmo, o trabajo de descentralización del propio yo, es de lo más largo y costoso. Supondrá adquirir nuevos hábitos mediante ejercicios que lleven en dirección contraria. Y por supuesto no puede lograrse todo esto en unos días de Ejercicios. Lo que pretende San Ignacio es conseguir algo así como un contrapeso suficiente que equilibre el fondo instintivo del hombre y le permita

(22) Ibid. pág. 168-173.

(23) Ibid. pág. 173.

realizar más adelante, libre de afectos desordenados, una elección objetiva.

San Ignacio ha hecho andar al ejercitante un largo camino hasta aquí. Le ha presentado primero la realidad del orden, en un Dios centro de todo y en un yo creado, subordinado a él. Ha sido labor del Principio y Fundamento. La tesis en el proceso ignaciano de los Ejercicios. Y, en un contrapunto audaz, seguidamente, el ejercitante se ha visto enfrentado con la realidad del desorden, de su desorden, de su pecado. Ha sido el trabajo de Primera Semana. La antítesis en este proceso ignaciano de los Ejercicios.

### 2.5. *Tercera etapa: síntesis cristocéntrica*

Se imponía la síntesis. La misma naturaleza humana busca la unidad y la integración de ambos polos, del yo-ideal del Principio y Fundamento con el yo-real de la Primera Semana. El ejercitante se encuentra precisamente en este momento viviendo dentro de esta tensión.

Cómo se resuelve aquí la necesaria integración, y sobre todo cuál será el instrumento apto para realizarla con éxito, es lo que pretenden conseguir los Ejercicios a partir de esta difícil encrucijada.

Como siempre en los momentos cumbres y difíciles de los Ejercicios, San Ignacio halla la solución en la fuerza generosa del amor. Y en primer lugar en la fuerza del amor de Jesucristo por los hombres.

#### 25.1. *El amor de Jesucristo*

San Ignacio enfrenta por primera vez al ejercitante con Jesucristo, en diálogo y coloquio, precisamente al final del primer ejercicio del pecado. Es un choque entre el hombre-pecador que ha merecido el castigo de sus pecados, y Dios-misericordioso que se hace responsable y merecedor de perdón por medio del amor de Jesucristo que le ha rescatado en la Cruz:

«Coloquio. Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere.» (24)

En el proceso de transformación que pretenden los Ejercicios Espirituales, este momento es de trascendental importancia. Están en

---

(24) Ibid. pág. 171.

juego las más hondas emociones y los sentimientos más elevados y complejos del ejercitante — arrepentimiento, gratitud y generosidad — como respuesta al amor que brinda y muestra Jesucristo en la cruz. Así se presenta también en el ejercicio «quinto», en el coloquio final de esta meditación sobre el infierno:

«Haciendo un coloquio a Cristo nuestro Señor, traer a la memoria las ánimas que están en el infierno, unas porque... ( ... ) otras... ( ... ) ... y con esto darle gracias, porque no me ha dexado caer... ( ... ) cómo hasta agora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia...» (25).

En el curso de los Ejercicios, finalizada la primera semana, ha llegado el momento de llenar el vacío psicológico que supone el trabajo de desarraigar afectos desordenados, y purificar los fondos del egoísmo y de los instintos. En otras palabras, ahora, el ejercitante se siente vacío de su egoísmo y desea llenarse a sí mismo de algo nuevo, del amor de alguien que le deje una imagen satisfactoria de su propio ser.

Y esto se realiza en los Ejercicios gracias al amor de Cristo que, se encarga de llenar este vacío y de atraer cada vez más al ejercitante, hacia su persona y hacia su programa.

Se desarrolla en adelante, un proceso de substitución, o mejor de transformación, de constante identificación del ejercitante con Jesucristo. Y esto gracias a un intercambio de amor: amor de Cristo que invita y llama al ejercitante, y amor del ejercitante a Cristo, como respuesta de generosidad a la llamada.

## 25.2. *La persona y el programa de Jesucristo*

En el plan de San Ignacio, este proceso de transformación e identificación, empieza con la meditación o ejercicio del Reino de Cristo. Lo que será aquí psicológicamente importante es la persona misma de Cristo, su poder atractivo, el imán invitatorio y sugestivo de su personalidad humano-divina.

Todo adquiere ahora un carácter de novedad y de mirada valiente hacia adelante. La persona de Cristo invita al ejercitante a una renovación y a una conquista. Es una renovación y conquista que supondrá trabajo, pero trabajo en compañía de Cristo. Se trata de un servicio, de un distinguido honor que se hace al ejercitante. El amor será también aquí, el motivo interno que mueve al ejercitante a la entrega. Y el amor será al final de la jornada, su mejor premio.

«... los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio... ( ... ) harán oblaciones de mayor stima y mayor momento, diciendo: Eterno Señor de todas las cosas, yo hago

(25) Ibid. pág. 174.

mi oblación... ( ...) que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada...». (26)

Este ejercicio acerca del Reino es considerado por San Ignacio como una entrada, invitación, a la Segunda Semana. Pretende que el ejercitante se sienta más y más aficionado y atraído hacia la persona de Cristo. De este entusiasmo ha de brotar la respuesta y compromiso al programa de servicio apostólico.

Aunque parece que para el proceso de transformación, el contenido del programa tiene un valor más secundario, sin embargo, a través de sus escalones, el ejercitante irá todavía identificándose más con la persona de Cristo. Porque se trata, según San Ignacio, de un programa contra tres amores propios desordenados: amor sensual, amor carnal, amor mundano, para usar sus mismos términos.

Y estos tres amores señalan las tres posibles fuentes principales del desorden. Y consiguientemente, el origen también de los afectos y falsas ideas que debe corregir el ejercitante. Estos tres amores no son otra cosa que la manifestación del hombre egocéntrico y naturalístico, expresión de las tendencias humanas, de orden puramente natural.

Por tanto, el programa de Cristo no se presenta como algo fácil a la naturaleza humana del hombre. Significa renunciarse a sí mismo. Renunciar a poner en la vida como norma y guía lo que apetece la sola naturaleza. Significa, por tanto, controlar los deseos de la naturaleza, vivir un «agere contra» en la terminología de San Ignacio.

## 2.6. *La respuesta del ejercitante*

El ejercitante, que ha llegado a este punto de los Ejercicios, ha ido paso a paso corrigiendo sus percepciones, apreciaciones, disposiciones afectivas, superando repugnancias, liberándose poco a poco de egoísmos y naturalismos. Todo parece a punto para hacer una recta elección.

Pero San Ignacio todavía propone al ejercitante un triple test para comprobar su sinceridad y la eficacia del trabajo hecho hasta ahora.

### 26.1. *Triple test preparatorio*

El triple test lo presenta en los tres famosos ejercicios de las Banderas, los tres Binarios de hombres y los tres Grados de humildad.

Hay ciertamente una misma finalidad en las tres piezas de este como triángulo de meditaciones, finalidad que pone en claro el hecho de que cada ejercicio repite el mismo coloquio.

Cada uno de estos tres tests o ejercicios-clave apunta preferente-

---

(26) Ibid. pág. 179 y 180



mente a una facultad psíquica especial: las Banderas son un test al entendimiento, los Binarios a la voluntad y los Grados de humildad al corazón.

El ejercicio o meditación de las Banderas nos pone en alerta preferentemente contra posibles engaños del demonio, «mal caudillo», «el enemigo de la humana naturaleza» en expresión de San Ignacio.

Porque, en efecto, la táctica del demonio es aparentar falsamente ser aliado y amigo de la naturaleza humana y de todas sus inclinaciones. Siendo su intento, sin embargo, no precisamente promover el sano desarrollo de las tendencias naturales bajo el plan de Dios que las dirige a un fin y nivel sobrenatural, sino favorecer un desarrollo autónomo de estas inclinaciones, tomadas como meta de sí mismas, a la medida y gusto del propio hombre. Y fácil es de ver que tal táctica es todo lo opuesto a la transformación teocéntrica y cristocéntrica que pretende San Ignacio en los Ejercicios.

A su vez, el ejercicio de los Binarios va contra las indecisiones, contra la irracionalidad e insinceridad de la voluntad. Y el ejercicio de los Grados de humildad nos advierte de que sin mucha generosidad, sin una gran dosis de amor, ninguna elección difícil se podrá tomar.

Por ello creemos que la última meditación — tres grados de humildad — es el broche y corona de este tríptico de ejercicios.

San Ignacio, que apunta como se ha dicho ya anteriormente a una motivación profunda del ser, donde lo pasional, instintivo, y en general lo afectivo tiene su primacía, hace intervenir en este momento cada vez con más eficacia psicológica la figura de Jesucristo, dechado de amor y de generosidad.

Y es que no basta iluminar el entendimiento, ni mover la voluntad, ni despertar la afectividad. Sólo el amor mueve a amar, sólo un gran amor mueve a gran amor.

Se trata de plantar en el corazón del ejercitante una atracción e interés tal hacia Jesucristo, que sea capaz de contraponer la fuerza de las repugnancias internas y ocultas. Porque indudablemente el hombre nunca deja de ser natural y humano. Y es en este momento de los Ejercicios, en que el ejercitante conoce mucho mejor en la práctica lo que supondrá en el plan de Dios ser consecuente con su generosidad, cuando se requiere todavía más dosis de generosidad y más esfuerzo de motivación.

## 26.2. *Fortificando la voluntad: contemplaciones de la vida pública de Jesús*

Intercaladas con los tres ejercicios claves ya mencionados, San Ignacio coloca las contemplaciones de la vida pública de Jesús para reforzar más y más los motivos y disposición del ejercitante.

Así, con la meditación acerca de la educación, Natividad, vida oculta y hallazgo en el templo, en las que Cristo muestra cómo vive y prác-

tica su programa — libre de ataduras egocéntricas y naturalísticas —, el ejercitante va asimilando, convenciéndose y aceptando su nuevo rumbo y nueva identificación al modelo de Cristo.

En la Natividad por ejemplo, Cristo muestra su desapego a todo confort creado, ajeno a todo gusto mundano. El hallazgo en el templo enseña la importancia relativa que hay que dar a todos los intereses de carne y sangre, incluso al amor de los padres y de la gente en general cuando el amor superior manifestado por la voluntad de Dios está en juego. Finalmente la Vida Oculta presenta a Cristo totalmente desasido del mundo y de sus caminos, despreocupado de las opiniones de los otros, ajeno a premios, fama, aprobación o reprobación.

El impacto psicopedagógico de estos ejercicios radica en el hecho de que una persona íntimamente conocida y amada — Jesucristo —, personifica el objetivo buscado, el verdadero ideal humano. Y todo esto con la suavidad del ejemplo amable de una persona que, ama y es amada cada vez más por el ejercitante.

### 26.3. *Momento de la decisión y compromiso*

La Elección tiene lugar en el curso de la segunda semana cuando el ejercitante posee ya las disposiciones necesarias: es decir, estado de ánimo en equilibrio, paz, deseo de lo mejor, después de reorientar sus percepciones y motivaciones básicas. Brevemente, la Elección en este método ignaciano, tiene lugar, cuando el ejercitante ha llegado a transformarse por dentro hasta ser «otro Cristo».

El objetivo de la Elección aquí, no es que el ejercitante se decida a vivir su nueva vida teocéntricamente y cristocéntricamente. Este fin general está ya conseguido. Las meditaciones precedentes habían apuntado a ese programa general. La Elección de ahora mira a un objetivo más concreto y definido y mucho más personal en la vida del ejercitante.

Se trata aquí de decidirse por la propia vocación particular, como tal y tal cristiano concreto, y no precisamente de una vocación general como cristiano. En pocas palabras, es cuestión de decidir cuál es la manera particular o el camino de imitación de Cristo que Dios señala al ejercitante, y decidir a esta luz, hasta qué medida y por qué pasos lo ha de llevar a término.

Así presentada la Elección, San Ignacio propone entre otras una elección de estados de vida. Y el punto que el ejercitante ha de decidir es: qué estado de vida le ayudará más a él para ser como Cristo, y realizar su retrato cristiano.

Muy importante es en los Ejercicios, y lo será luego en toda la pedagogía jesuítica, el remarcar el elemento personal de esta elección. Porque no se trata de descubrir cuál es el mejor estado de vida en abstracto o en teoría. Importa ahora descubrir y luego decidir, sobre el estado de vida que de hecho es más acomodable al ejercitante, su-

puestas sus particulares circunstancias de temperamento, carácter, intereses, ambiente, familia, etc., en que vive.

Una vez acabada la tarea de Elección, podría pensarse que San Ignacio daba por concluida su labor. Sin embargo, no hubiese sido suficiente ese final, por lo menos teniendo en cuenta la psicología humana necesitada de ayuda. De ahí que San Ignacio añada todavía otras semanas en su método.

#### 26.4. *Confirmando la decisión: tercera y cuarta semana*

Dos semanas todavía han de seguir: la tercera y cuarta. La tercera está consagrada a los misterios de la Pasión y la cuarta a los de la Resurrección de Jesucristo. Ambas semanas pretenden, por un lado, mantener las excelentes disposiciones conseguidas por el ejercitante, y por otro, profundizar y confirmar la transformación de pensamientos y sentimientos conseguidos. Su fin es pues confirmar, consolidar, apuntalar la elección hecha. Es, pues, la perseverancia lo que San Ignacio tiene ahora en mente.

Nada nuevo se pide ahora al ejercitante. Y, sin embargo, algo nuevo será el resultado final: un amor más personal, profundo y desinteresado por Jesucristo, un participar mucho más en su vida de alegrías y sufrimientos, y sobre todo, un haber llevado esta vida de Cristo mucho más cerca de la del ejercitante y mucho más dentro de su corazón.

Aquí radica la eficacia máxima del método ignaciano. San Ignacio está siempre atento a la raíz de las motivaciones humanas. Y el amor está ciertamente en la raíz del hombre. Lo mismo en esta pedagogía religiosa de los Ejercicios, como en su pedagogía general.

Todavía la tercera semana va a solucionar un problema humano. El de saber juntar una naturaleza humana que huye del dolor, del sufrimiento y de la muerte, con el hecho innegable de la vida del hombre sobre la tierra que, es camino obligado de dolor, sufrimiento, soledad, desengaño, frustración.

La solución estará en buscar la superación de esta antinomia por medio de una visión espiritual y sobrenatural de la vida, que dé una perspectiva cristiana y cristocéntrica al ideal del ejercitante. Y será la figura de Cristo crucificado, abrazado a todo lo que es repugnante a la naturaleza humana quien señale la ruta, personifique el ideal, y atraiga la voluntad y conducta del ejercitante.

Efectivamente, en este momento culminante de los Ejercicios, lo que pretende San Ignacio del ejercitante es su identificación, transformación, en cuanto sea posible, en el ideal de un «Yo concrucificado con Cristo» según la expresión paulina.

### 26.5. *El ideal de vivir del amor*

La intención humana de San Ignacio llegó hasta aquí. Su camino pedagógico-psicológico-teológico, tenía que desembocar espontáneamente en una meta altísima de unión con Dios. Una unión que recapitula e integra todos los elementos más puramente humanos: amor, sufrimiento, vida, en una sola persona humano-divina.

Ha sido el sufrimiento de Cristo, quien abrió el camino del amor. El amor abrió a su vez el camino a la vida humana, que por venir de la misma fuente, lleva por designios de Dios hasta la participación de la vida divina en el plano sobrenatural.

El paso final de los Ejercicios es, por tanto, la unión con Dios. Se llega a la cumbre por una total identificación. El amor personal que siente el ejercitante por Cristo, es al mismo tiempo la única manera de amarse el hombre a sí mismo. En este estadio, gracias a la identificación del ejercitante con Jesucristo, no hay en realidad dos amores opuestos, ni simplemente dos amores, sino un único amor. San Pablo confirma con su autoridad lo que aparentemente parece imposible a la naturaleza humana: «Vivo yo, pero ya no yo... sino que es Cristo quien vive en mí».

El libro de los Ejercicios termina con la Contemplación para alcanzar Amor que es la más pura y limpia expresión de vivir del amor. En esta contemplación se pretende desarrollar el amor por sí mismo, ver el amor viviendo en todo lo creado. Amor creador y amor creado.

Con este pensamiento final, que todo lo abarca y a todo da significado, termina este método de pedagogía religiosa que son los Ejercicios Espirituales. Y sobre cuyas líneas profundas de motivación edificará luego San Ignacio también su pedagogía.

### 3. *El papel del ejercitador-maestro y del ejercitante-discípulo en los Ejercicios*

Los Ejercicios Espirituales tienen dos protagonistas visibles: el ejercitante y el ejercitador.

En el distinto y específico papel del director o ejercitador y del dirigido o ejercitante, creemos encontrar un modelo vivo de interacción maestro-discípulo que pasará a ser una de las notas características de toda la pedagogía ignaciana, pedagogía fundamentalmente interpersonal.

Después de lo dicho en el capítulo anterior acerca de todo el proceso psicológico-teológico de los Ejercicios, se podrá entender mejor el papel psicopedagógico que han de desempeñar el director y el dirigido para lograr el fin que pretende este método de los Ejercicios Espirituales.

Creemos que el retrato de lo que debe hacer el ejercitador y el ejercitante, en cuanto a desempeñar papeles complementarios, se halla

claramente definido principalmente a lo largo de las 20 Anotaciones generales introductorias de los Ejercicios, y más aún en las 14 Reglas de primera semana «para sentir y cognoscer las varias mociones que en la ánima se causan», y en las 8 Reglas de «discreción de espíritus» de la segunda semana. Todo ello nos servirá de material y fuente para cuanto ha de seguir ahora.

En síntesis, el papel psicopedagógico del director —por ser los Ejercicios un diálogo entre Dios y el alma del ejercitante—, debe consistir en facilitar el diálogo o encuentro entre Dios y el hombre, en ayudar a discernir la verdadera presencia y acción divina en el alma del ejercitante, en pugna con otros influjos procedentes de los fondos inconscientes de la naturaleza, o posiblemente, también del «mal espíritu» en frase de San Ignacio.

El papel psicopedagógico del director, consistirá en favorecer y alentar el trabajo de una recta Elección, sin inmiscuirse tampoco el director en la decisión que quiera tomar el ejercitante. En otras palabras, deberá el director coadyuvar a una recta y generosa respuesta por parte del ejercitante ante la voluntad de Dios.

Por otro lado, y correlativamente al papel del ejercitador, la labor específica del ejercitante debe ser trabajar para llegar a conocer, aceptar y seguir esta voluntad de Dios. Consiste su papel en desarraigarse de todo afecto desordenado que le impida acercarse a Dios por conocimiento y por amor.

Y en segundo lugar, y como etapa siguiente, el ejercitante ha de procurar trasplantar el amor que tenía por sí y por sus ideales egoístas y ponerlo en la persona y vida de Jesucristo que debe ser para él, en adelante, verdadero «camino, verdad y vida», en el ideal práctico y personal de identificación e imitación de Cristo. Todo ello, claro está, ayudado y apoyado por la gracia divina que por dentro le dirige, le empuja y le sostiene en este trabajo.

Para mejor analizar ambos papeles por separado, empezaremos por el ejercitador y más adelante trataremos del ejercitante.

### 3.1. *Papel del ejercitador: principios y método*

Los puntos que a nuestro juicio pueden resumir el papel psicopedagógico del ejercitador o director de Ejercicios con respecto al ejercitante son: conocimiento íntimo del ejercitante, adaptación y acomodación a su modo de ser, coadyuvar a buscar únicamente la voluntad de Dios, ayudar y apoyar de todas las maneras la labor del ejercitante apartándole de impedimentos y engaños.

#### 31.1. *Conocimiento íntimo del ejercitante*

«... mucho aprovecha, el que da los ejercicios, no queriendo pedir ni saber los propios pensamientos ni pecados del que

los rescibe, ser informado fielmente de las varias agitaciones y pensamientos, que los varios spíritus le traen; porque según el mayor o menor provecho le puede dar algunos espirituales ejercicios convenientes y conformes a la necesidad de la tal ánima así agitada». (27)

Si el director debe ser informado fielmente de las mociones y pensamientos de los varios espíritus, no es por la curiosidad de saberlos, sino para ayudar al ejercitante a discernir la voluntad de Dios a través de tales pensamientos y mociones. Además, este conocimiento íntimo le permitirá siempre adaptar los remedios a las necesidades concretas que vayan presentándose al ejercitante.

En los Ejercicios, se pide al ejercitador o director un respeto sumo hacia la libertad del ejercitante. Por ello se prefiere que sea el mismo ejercitante quien informe fielmente al director de lo que pasa en su alma. Pero el director puede, con todo derecho, y aún a su tiempo debe, interrogar al ejercitante acerca de cómo hace los ejercicios, sobre todo cuando no se vea el fruto de la actividad del que se ejercita:

«... el que da los ejercicios, quando siente que al que se exercita no le vienen algunas mociones espirituales en su ánima, assi como consolaciones o dessoluciones, ni es agitado de varios spíritus, mucho le debe interrogar cerca los ejercicios, si los hace a sus tiempos destinados, y cómo; asimismo, de las addiciones, si con diligencia las hace, pidiendo particularmente de cada cosa destas». (28)

Se pide al ejercitador o director que llegue a conocer lo más íntimamente posible al ejercitante. Por ejemplo, en la anotación 8.<sup>a</sup>: «... según la necesidad que sintiere en el que los rescibe... podrá practicarle las reglas...». (29). En la Anotación 9.<sup>a</sup>: «... si es persona que en cosas espirituales no haya sido versado... no le platique las reglas...» (30). En la Anotación 10.<sup>a</sup>: «quando el que da los ejercicios siente al que los rescibe, que es batido y tentado... entonces...» (31). En la Anotación 14: «el que los da, si vee al que los recibe que anda consolado y con mucho hervor, debe... ( ... ) y quanto más le consociere de ligera condición, tanto más le debe prevenir y admonir. ( ... ) mucho debe de mirar la propria condición y subiecto...» (32).

Si al director se le pide conocer y aun interrogar, si es preciso,

(27) Ibid. págs. 157-158.

(28) I. Iparraguirre y C. Dalmasas: «Obras Completas de San Ignacio», BAC., Anotac. 6.<sup>a</sup>, pág. 155.

(29) Ibid. Anotac. 8.<sup>a</sup>, pág. 155.

(30) Ibid. Anotac. 9.<sup>a</sup>, pág. 155.

(31) Ibid. pág. 155.

(32) Ibid. pág. 156 y 157.

directamente al ejercitante, a éste correlativamente se le pedirá en las Anotaciones o Instrucciones de los Ejercicios, a su vez, el informar fielmente a su director acerca de su interioridad, como lo dice expresamente la Anotación 17. Y asimismo acerca de los pensamientos, impulsos y sentimientos que observa y descubre en sí, según la Anotación 6.<sup>a</sup>.

### 31.2. *Adaptación y acomodación a su modo de ser*

Sigue un importantísimo principio: la adaptación y acomodación. Según la necesidad del ejercitante y la dinámica de la gracia, el director le debe explicar las reglas de primera o segunda semana de «discreción de espíritus»:

«... el que da los ejercicios, según la necesidad que sintiere en el que los rescibe, cerca de las desolaciones y astucias del enemigo, y así de las consolaciones; podrá platicarle las reglas de la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> semana, que son para conocer varios espíritus». (33)

Como se ve por el texto anterior, el director debe en sus explicaciones o «pláticas», según expresión de San Ignacio, acomodarse a las necesidades que tiene el ejercitante y también a su modo de ser. Este último punto queda aclarado al decirse que, el director únicamente debe dar al ejercitante lo que en aquel momento puede éste asimilar y entender:

«... es de advertir, quando el que se exercita anda en los ejercicios de la primera semana, si es persona que en cosas spirituales no haya sido versado, y si es tentado grosera y abiertamente, así como mostrando impedimentos para adelante en en servicio de Dios nuestro Señor, como son trabajos, vergüenza y temor por la honrra del mundo, etc.; el que da los ejercicios, no le platique las reglas de varios spíritus de la 2.<sup>a</sup> semana; porque quanto le aprovecharán las de la 1.<sup>a</sup> semana, le dañarán las de la 2.<sup>a</sup>, por ser materia más subtil y más subida que podrá entender». (34)

Este principio o actitud de adaptación y acomodación, como puede deducirse por el texto anterior, está al servicio del mejor provecho del ejercitante — «le aprovecharán las de la 1.<sup>a</sup> semana» — para evitar lo contrario, su daño — «le dañarán las de la 2.<sup>a</sup> — o lo que es semejante, para evitar su nulo aprovechamiento.

Esta actitud de acomodación está atenta a la oportunidad y mo-

(33) Ibid. Anotac. 8.<sup>a</sup>, pág. 155

(34) Ibid. Anotac. 9.<sup>a</sup>, pág. 155.

mento en que es más precisa y conveniente la explicación del director. Así se dice en la Anotación 10.<sup>a</sup> de las generales, es decir «para ayudarse así el que los ha de dar, como el que los ha de rescibir»:

«... cuando el que da los ejercicios siente al que los rescibe, que es batido y tentado debaxo de especie de bien, entonces es proprio de platicarle sobre las reglas de la 2.<sup>a</sup> semana ya dicha.» (35)

Es de notar que el director o ejercitador, está cumpliendo muchas veces en los Ejercicios el papel de maestro, y de un maestro como vemos aquí que da su lección-explicación sólo cuando la necesita el ejercitante.

Nos interesa seguir brevemente el hilo de estas lecciones o explicaciones del director. La oportunidad o necesidad la da el estado de desolación en que puede hallarse el ejercitante durante la primera semana de los Ejercicios. En este caso, el director ha de aclarar al ejercitante qué le pasa y qué es exactamente el estado de desolación que experimenta.

Como ayuda para cumplir mejor con este papel de maestro de espíritu se dan al director 14 reglas durante la Primera Semana para que a su tiempo las vaya declarando al ejercitante:

«Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para rescibir, y las malas para lanzar; y son más propias para la primera semana.» (36)

Y otras 8 reglas o instrucciones más para tenerlas en cuenta y explicarlas al ejercitante, si es conveniente, durante la Segunda Semana:

«Reglas para el mismo efecto, con mayor discreción de espíritu, y conducen más para la segunda semana.» (37)

Interesa fijarnos en el modo cómo el director de ejercicios enseña y guía al ejercitante aquí. No dará el director consejos, órdenes, advertencias. Empezará ilustrando por vía cognoscitiva la situación. Veamos la 4.<sup>a</sup> regla de primera semana:

«... llamo desolación... así como escuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas baxas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor». (38)

---

(35) Ibid. pág. 155 y 156

(36) Ibid. pág. 226.

(37) Ibid. pág. 230.

(38) Ibid. pág. 228.



El consejo se halla implícito en la misma lección explicativa, al declarar el director que en la desolación suele guiar «el mal espíritu», el cual jamás es buen consejero cuando nos quiere conducir. Esto es lo que recuerda precisamente la Regla 5.<sup>a</sup> de primera semana:

«Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar.» (39)

Y por esto se dice en la misma Regla 5.<sup>a</sup>, la famosa frase: «en tiempo de desolación nunca hacer mudanza», sino, por el contrario, se debe estar firme y constante en los propósitos y determinaciones en que se hallaba en la antecedente consolación.

Dando un paso adelante, toca al ejercitador indicar — notemos la frase usada: «mucho aprovecha» —, cuál es la actitud o táctica más conveniente en estos casos. Así lo dirá la Regla 6.<sup>a</sup>:

«... dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación...» (40)

Es, por consiguiente, propio del ejercitador como maestro que ilumina el camino y guía al ejercitante según su modo peculiar de ser, señalarle los pasos que le conviene dar, de acuerdo con su situación de consuelo o de desconsuelo. Así deberá aplicar también la Regla 11 de la «primera semana», es decir:

«... el que está consolado procure humiliarse y baxarse quanto puede, pensando quán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor». (41)

Toca al ejercitador que ilumina el trayecto psicopedagógico del ejercitante y aclara sus estados interiores, prevenirle a tiempo sobre lo que puede ocurrirle. Así lo dice la Regla 10.<sup>a</sup> de «primera semana»:

«... el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces». (42)

Dentro de esta previsión, el ejercitador o director debe advertir al ejercitante que no haga ningún voto o promesa durante el estado

---

(39) Ibid.

(40) Ibid.

(41) Ibid. pág. 229.

(42) Ibid. pág. 229.

de consolación, por cuanto que no toda inspiración actual de Dios puede considerarse en seguida como voluntad permanente de Dios.

En resumen, en esta función de adaptar y acomodar el libro de los Ejercicios al ejercitante, toca al ejercitador desarrollar una intensa labor ilustrativa e iluminativa de los caminos de Dios y de los caminos y tácticas del demonio, no sólo en lo general, sino sobre todo en la práctica y teniendo en cuenta el alma del que hace los Ejercicios. Así lo recuerda, precisamente, la Regla 14 de «primera semana»:

«... el enemigo de naturaleza humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes theologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos». (43)

### 31.3. *Ayudar a que el ejercitante busque y halle la voluntad de Dios*

Aunque ya ha quedado indicado varias veces, repetimos ahora que todo el trabajo que compete al director o ejercitador en el tiempo de los Ejercicios, es de mero instrumento, de puro auxiliar para facilitar y preparar el camino hacia el contacto inmediato y directo entre «el Creador y su criatura». Así expresamente lo dice la Anotación 15:

«... el que los da... dexé inmediate obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor». (44)

«... que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota...». (45)

Y esto en orden a que el ejercitante sea quien busque y halle la voluntad de Dios, no precisamente la voluntad del ejercitante; ni tampoco ha de ser el ejercitador quien busque la voluntad de Dios para el ejercitante. En la misma Anotación 15 se advierte al ejercitador sobre esto:

«... el que da los ejercicios, no debe mover al que los rescibe más a pobreza ni a promesa, que a sus contrarios, ni a un estado o modo de vivir, que a otro. ( ... ) ...en los tales ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante». (46)

(43) Ibid. n. 327, pág. 230.

(44) Ibid. n. 15, pág. 157.

(45) Ibid.

(46) Ibid.

La misión del ejercitador o director, por tanto, al ayudar al ejercitante a encontrar la voluntad de Dios, se aplica más a la fase de:

«... preparar y disponer al ánimo, para quitar de sí todas las affecciones desordenadas,...». (47)

que a la segunda y definitiva parte de:

«...y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo,...». (48)

como reza la Primera Anotación, en la entrada misma del libro de los Ejercicios, al definir lo que son «Ejercicios espirituales».

De modo que también al ejercitador, para cumplir su misión, se le pide una actitud de indiferencia que precede al hallazgo de la voluntad de Dios; la mortificación de los sentimientos personales; la negación de su propia voluntad y la suspensión del juicio. En ningún caso le toca decidir por el ejercitante. Una vez ha facilitado y dispuesto el camino para que el Espíritu de Dios se comunique directamente con el ejercitante, su tarea ha terminado.

#### 31.4. *Fomentar la actividad personal del ejercitante*

Este punto no es más que una conclusión o corolario de lo dicho hasta aquí tocante al papel del ejercitador. Es la actitud que sintetiza la labor del que da los Ejercicios. Labor de pedagogo, de entrenador, en muchos aspectos, nunca labor del que suplente al ejercitante.

El ejercitador nunca ha de suplir, sino fomentar lo más posible el trabajo interior y personal del ejercitante. Porque precisamente el punto principal de la técnica ignaciana de los Ejercicios y, como veremos después, también de su pedagogía general, es la actividad interna del que los hace. Ver, sino, la Anotación 1.<sup>a</sup>, al declarar las múltiples formas de actividad espiritual — «todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones...» —, que incluye los Ejercicios.

Se trata, pues, de fomentar una actividad interior, espiritual, dirigida a un fin doble, primero quitar impedimentos — «afecciones desordenadas» —, y después buscar y hallar la voluntad de Dios. Se trata, por consiguiente, de fomentar una actividad enfocada, finalística, de todas las facultades y potencias del alma dirigidas a un objetivo concreto.

Por ello, será propio del ejercitador lograr en el ejercitante un

---

(47) Ibid. n. 1, pág. 153.

(48) Ibid.

máximum de actividad interna y un máximum de aplicación, concentración, enfoque de sus facultades mentales. Por ello, el ejercitador favorecerá todo lo que ayude a esta actividad y a este enfoque o concentración, y luchará contra los enemigos de esta actividad y de este enfoque finalístico.

Según esta orientación, se entiende y recapitula mejor todo lo dicho sobre el conocer al ejercitante, adaptar y acomodar a su modo de ser las explicaciones de las reglas de primera y segunda semana, sobre varias mociones del ánimo y del ánimo, como pedían las Anotaciones generales 8, 9 y 10. Se entiende el porqué de tener en cuenta las necesidades y estados subjetivos de que habla la Anotación 17. Se entiende la postura sólo auxiliadora e iluminadora del ejercitador, descubriendo los engaños del enemigo interior y la táctica que sigue, según queda indicado en las Anotaciones 7, 12, 13 y 14.

El papel del ejercitador es sobre todo, el de ayudar iluminando y dando fuerzas para fomentar y alentar el trabajo del ejercitante. Así lo dice la Anotación 7, refiriéndose al estado de «desolación y tentación»:

«... el que da los ejercicios, si ve al que los rescibe que está desolado y tentado, no se haya con él duro ni desabrido, mas blando y suave, dándole ánimo y fuerzas para adelante: y descubriéndole las astucias del enemigo de natura humana y haciéndole preparar y disponer para la consolación ventura». (49)

Y todo ello, en una estrecha actividad coordinada entre ejercitador y ejercitante, o lo que es lo mismo, entre «el que da los ejercicios y el que los rescibe», en términos ignacianos.

### 3.2. *Papel del ejercitante: principios y método*

Los puntos que resumen el papel psicopedagógico del ejercitante corren paralelos a los mencionados antes con respecto al ejercitador o director.

Frente a la misión del ejercitador de conocer íntimamente al ejercitante, ahora señalaremos la obligación de éste de autoconocerse. Frente a la misión del ejercitador de adaptarse y acomodarse al ejercitante, éste por su parte, debe abrir su alma y su conciencia al que le da los Ejercicios. Frente a la misión del ejercitador de ayudar a que el ejercitante busque y halle la voluntad de Dios, está la obligación del que hace los Ejercicios de someterse totalmente a la voluntad de Dios que ha conocido. Y frente a la obligación de fomentar el ejercitador la actividad personal del ejercitante, éste debe trabajar

(49) *Ibid.* n. 7, pág. 155.

activa y constantemente por llegar al mejor discernimiento interior y elección final.

### 32.1. *Autoconocimiento de sí*

Notemos que San Ignacio insiste en buscar siempre la luz, en iluminar las situaciones. Aquí concretamente, la situación de la propia alma y conciencia. Sólo buscando primero esta luz, se puede obrar luego con claridad. Así la conducta será iluminada, no ciega.

Y no es que sea únicamente el ejercitador quien tenga que descubrir al ejercitante, cómo es y todo lo que pasa en su alma. San Ignacio, como muchos psicólogos modernos, parece inclinarse a que nadie puede conocerse mejor que uno mismo, y esto porque entonces el conocimiento es desde dentro, más cercano a su fuente y al núcleo de la personalidad. Todo otro conocimiento desde fuera, está más expuesto a interpretaciones subjetivas y comparativas.

Así que en este autoconocimiento de sí mismo, debe poner su trabajo el ejercitante. La labor del ejercitador aquí, como en todo, no podrá ser más que auxiliar.

Durante la «primera semana», el trabajo de introspección o autoconocimiento, consiste en advertir «las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para rescibir y la malas para lanzar». (50)

El ejercitante va conociendo poco a poco su estado particular de alma, al comparar lo que siente y experimenta por dentro con lo que le dicen las Reglas de «primera semana» (51) acerca de las posibles situaciones del alma. Estas reglas son como un autoexamen o manual crítico de la sensibilidad, de las atracciones agradables o desagradables que brotan espontánea y prontamente. Por ellas, el ejercitante, va descubriendo el mundo interior del espíritu.

Lo que pretenden, pues, estas Reglas de «primera semana», es después de experimentar el flujo y reflujo de estos estados de la sensibilidad, a la que acompaña siempre el sentimiento, enseñar al ejercitante a no abandonarse a estos cambios internos, sino a saber superarlos sin dejarse gobernar por ellos.

San Ignacio no desprecia la sensibilidad, pero sí desea que el ejercitante supere esta sensibilidad que le inclina a huir del esfuerzo y a dejarse esclavizar por impresiones, temores, y toda clase de emociones ya de euforia, ya de depresión. San Ignacio quiere que por el autoexamen, el ejercitante pueda ser como espectador de sí mismo, capaz de contemplarse, verse, juzgarse serenamente.

Insistimos en que este autoconocimiento ignaciano de la situación anímica, en las varias formas de sentimientos sensibles, debe ser,

---

(50) I. Iparraguirre y C. Dalmases: «Obras Completas de San Ignacio», BAC., n. 313, pág. 226.

(51) Ibid. n. 313-327, págs. 226-230.

sobre todo, un conocimiento experimental y personal. Gracias a este contacto consigo mismo, el ejercitante será capaz de reaccionar en otras ocasiones con mejor dominio de sus estados de ánimo.

De ahí que sean sumamente importantes las actitudes o reacciones que el ejercitante tome en cada caso. Estas actitudes serán el principio y el camino para superar la sensibilidad, y de ellas trataremos más adelante al hablar del trabajo o actividad personal e interno del que se ejercita.

Superada la primera semana, propia de la vida purificativa, y ya en la segunda, más propia de la vida iluminativa, la labor de autoconocimiento es más sutil y difícil porque entonces «...comúnmente el enemigo de natura humana tienta más debaxo de especie de bien,...». (52)

Es de notar, pues, que durante la segunda semana, el campo de operaciones se ciñe casi exclusivamente a los estados de consolación y constituyen éstos, para el ejercitante, objeto de autoconocimiento.

Y porque estas consolaciones pueden ser producidas por una causa previa normal, como sería un conocimiento o sentimiento precedente, o directamente por Dios sin causa natural precedente, con vendrá que el ejercitante discierna entre uno y otro caso.

Se impone un lento trabajo de reflexión y análisis del momento anterior y posterior al estado de consolación, para descubrir su origen — bueno o malo —, y sobre todo sus efectos — buenos o malos —. Esta será la táctica concreta para llegar al autoconocimiento.

San Ignacio quiere que ahora el ejercitante conozca no su nivel sensitivo-emotivo, propio de la primera semana, sino su nivel ideativo-intelectual, es decir, el origen, el curso y el final de sus pensamientos para concluir si conviene aceptarlos por buenos o no. Así, por ejemplo, la Regla 5.<sup>a</sup> de segunda semana, dice textualmente:

« debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna». (53)

El ejercitante ha de estar alerta de la táctica del «ángel malo» o del «mal espíritu» que pretende «entrar con la ánima devota y salir consigo», es decir, empezar trayendo «pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, para después, poco a poco, procura de

---

(52) Ibid. n. 10, pág. 156.

(53) Ibid. n. 333, pág. 231.

salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones», como dice la Regla 4.<sup>a</sup> de segunda semana (54).

Estas reglas de «segunda semana», son una disciplina crítica de la razón, para liberarnos incluso de los engaños de nuestros mismos pensamientos, cuando no los mueve la intención más pura, clarividente y segura. También aquí, San Ignacio desea que el ejercitante desconfíe de sí mismo, aún de sus ideas, para desear y buscar no la sabiduría humana, sino la sabiduría del espíritu de fe en contacto íntimo con Dios.

Superadas pues las dificultades de la sensibilidad y emotividad durante la primera semana, y aún los obstáculos más sutiles de la propia razón humana que se aferra a una concepción naturalista y racionalista de la vida, el ejercitante se acerca cada vez más y se eleva a la libertad del espíritu, al autoconocimiento de su proximidad con Dios y con la gracia que le asiste.

Cuando el alma del ejercitante se halla en este punto, puede ya escuchar y conocer en la voz de su conciencia, a la voz de la verdad comunicada por el espíritu a su razón purificada. El ejercitante se hallará entonces en estado de total indiferencia ignaciana, dispuesto a hacer la elección: escoger exclusivamente según la voluntad de Dios, sin que le pongan trabas ni el yo sensitivo-emotivo, ni el yo racional. Y así hará su elección en un clima de fe y de gracia de Dios.

Pero este trabajo de autoconocimiento en un campo tan difícil como es el propio yo espiritual, no puede hacerlo el ejercitante solo. Por esto es indispensable la ayuda del director. Y para que ésta sea posible, será necesaria la apertura plena de conciencia con él.

### 32.2. *Apertura plena de conciencia con el ejercitador*

Es, como hemos dicho ya, una obligación correlativa a la que tiene el ejercitador de acomodarse y adaptarse al ejercitante. Es más, inútilmente tratará de acomodarse el ejercitador al ejercitante sólo por lo que él descubre y conoce, si no recibe además la voluntaria automanifestación del que hace los Ejercicios respecto a los continuos cambios de estados de ánimo, pensamientos y demás agitaciones interiores del sujeto. Así lo recuerda expresamente la Anotación general n.º 17:

«... mucho aprovecha, el que da los ejercicios, no queriendo pedir ni saber los propios pensamientos ni peccados del que los rescibe, ser informado fielmente de las varias agitaciones y pensamientos, que los varios spíritus le traen...». (55)

Es decir, en la técnica de los Ejercicios, se pone muy de mani-

(54) *Ibid.* n. 332, pág. 231.

(55) *Ibid.* n. 17, pág. 157 y 158.

fiesto que la actividad primaria y la responsabilidad principal la tiene el ejercitante, al que nadie puede suplir. Pero, al mismo tiempo, se deja ver bien clara la necesidad de un guía y maestro que auxilie, ayude, acompañe, facilite el esfuerzo y señale los obstáculos por los que ha de atravesar el ejercitante. Recordemos esto último en las Anotaciones 7.<sup>a</sup>, 12.<sup>a</sup> y 14.<sup>a</sup>:

«... dándole ánimo y fuerzas para adelante... ( ... ) haciéndole preparar y disponer para la consolación ventura ...». (56)

«... el que da los ejercicios, al que los rescibe ha de advertir mucho, que... ( ... ) procure siempre que el ánimo quede harto...». (57)

«... el que los da,... ( ... ) debe prevenir que...». (58)

El motivo de por qué es tan necesaria esta plena apertura del ejercitante a su director es múltiple. Puede señalarse la evidente voluntad de Dios de querernos guiar dentro de la Iglesia a través de sus ministros legítimos, a los que representa el director de Ejercicios de alguna manera.

Pero además, también porque si en todas las materias y circunstancias de la vida se necesita un maestro y un guía, muchísimo más cuando se trata de aprender el camino espiritual que es especialmente diverso e incierto para cada uno. Asimismo, y como consecuencia de lo anterior, por la facilidad que existe en engañarse en materia de elección propia cuando se busca acertar con la voluntad de Dios. Finalmente, porque todo ello requiere haber alcanzado la madurez espiritual en la fe, lo que supone haber superado la sensibilidad y la razón humana, cosas prácticamente imposibles de alcanzar sin ayuda experta de afuera.

La actitud de apertura plena de conciencia con el director, que señalamos como obligación del ejercitante, está lógicamente en pugna con la táctica que aconseja y desea el demonio, que prefiere siempre actuar a solas y en secreto con el ejercitante:

«... assimismo (el enemigo) se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto:... ( ... ) quando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionés a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas quando las descubre a su buen confessor o a otra persona spiritual, que conosca sus engaños y malicias, mucho le pesa; porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifestos». (59)

---

(56) Ibid. Anotac. 7.<sup>a</sup>, pág. 155.

(57) Ibid. Anotac. 12.<sup>a</sup>, pág. 156.

(58) Ibid. Anotac. 14.<sup>a</sup>, pág. 156.

(59) Ibid. n. 326, Regla 13, pág. 230.



### 32.3. *Sumisión y docilidad a la voluntad de Dios*

Al hablar del papel del ejercitador, se mencionó el deber de éste de ayudar al ejercitante a buscar la sola voluntad de Dios. Ahora hablando del ejercitante mismo, señalamos correlativamente, el deber de ser dócil y obediente a esta voluntad de Dios buscada y conocida.

Ya se dijo que el ejercitante debía conseguir primero conquistar su sensibilidad-sensualidad, y después su razón, poniéndose en equilibrio afectivo e intelectual, por medio de la actitud de «indiferencia» como estadio previo que le ponga en disposición de elegir rectamente.

Se dijo también que los pasos anteriores iban a disponer al ejercitante para que «el Criador y Señor obre más ciertamente en la su criatura», según reza la Anotación 15.

Por consiguiente, en los Ejercicios ignacianos, esta actitud de sumisión y docilidad a la voluntad de Dios que caracteriza al ejercitante, consiste en obrar «sólo por servicio, honra y gloria de la su divina majestad»:

«... la causa de desear o tener una cosa o otra, sea sólo servicio, honra y gloria de la su divina majestad». (60)

Si el ejercitante todavía no ha alcanzado este estado o disposición de indiferencia acerca de la voluntad de Dios, sino que por el contrario se halla muy inclinado por una posición antes de haber experimentado qué cosa quiere Dios de él, le dice San Ignacio que «muy conveniente es moverse, poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario de lo que está mal afectada;...». (61)

Este «moverse poniendo todas sus fuerzas», es precisamente la táctica ignaciana del «agere contra». Es decir, pasar al extremo contrario, no querer lo que antes se deseaba, hasta que el alma ha llegado a un cierto equilibrio natural, y está dispuesta a inclinarse hacia lo que Dios quiere de ella.

Pero esto ya entra directamente en el punto último que quedaba por mencionar, es decir, el trabajo o actividad interior y personal del ejercitante.

### 32.4. *Actividad y trabajo interno-personal*

Aquí radica la quintaesencia de lo que San Ignacio exige al ejercitante en el orden humano de su cooperación: actividad en el momento presente, para una múltiple y escalonada finalidad de cono-

(60) Ibid. n. 16, pág. 157.

(61) Ibid.

cerse a sí mismo, desapegarse de todo afecto a cosas y a personas no amadas a través de Dios, ordenar sus deseos según Dios, buscar, hallar y abrazarse con la voluntad divina.

Por esto, en el orden de la cooperación humana que se exige al ejercitante, se insiste tanto en la disposición volitiva de éste, y se condiciona la labor del ejercitador a la disposición de voluntad del ejercitante. Por ejemplo, en la Anotación general 18:

«... según la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales... ( ... ) se han de aplicar los tales ejercicios; ( ... ) Assímismo según que se quisieren disponer, se debe de dar a cada uno, porque más se pueda ayudar y aprovechar...». (62)

«... al que se quiere ayudar...». (63)

Lo mismo indica con palabras diversas la Anotación general 20. Es decir, que la actividad personal del que hace los Ejercicios se aplique al que «en todo lo posible desee aprovechar» y «que quiera disponerse». De tal suerte, que en la práctica, se dice al ejercitador que alargue o acorte los días de Ejercicios según sea grande o pequeña esta voluntad interior y sincera del ejercitante. Así la Anotación 20:

«... al que es más desembarazado y que en todo lo posible desea aprovechar, dénesele todos los ejercicios espirituales...». (64)

No solamente se exige esta voluntad y querer a la entrada de los Ejercicios para desear aprovechar lo más posible, sino que se aconseja — «mucho aprovecha» — al ejercitante «ofrecer todo su querer y libertad», en un acto de voluntad generosa y total, a los planes de Dios y también inclusive al trabajo que debe realizar durante los Ejercicios.

Esta disposición de la voluntad que se concreta en la entrega global de sí y de sus cosas, es un elemento más, tal vez entre los primeros, cooperador de la actividad interna del ejercitante. Así lo dice la Anotación 5.<sup>a</sup>:

«... al que rescibe los ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad». (65)

Dentro de los Ejercicios, la actividad personal e interna del ejercitante lo comprende todo.

(62) Ibid. pág. 158.

(63) Ibid. n. 18, pág. 158.

(64) Ibid. n. 20, pág. 159.

(65) Ibid. n. 5, pág. 154-155.

Todo lo que San Ignacio prescribe respecto al uso de los sentidos exteriores e interiores, imaginación, atención concentrada sobre el tema y punto que se ha de meditar, sobre el uso y ejercicio del sentimiento interior, tanto en el nivel sensitivo como en el nivel espiritual — v. g.: «oler y gustar con el olfato y con el gusto, la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima y de sus virtudes...» — como del uso de las facultades típicamente superiores y espirituales como son la memoria, el entendimiento y querer, todo es campo de operaciones de la actividad personalísima del ejercitante, y más concretamente de la voluntad del ejercitante en último término como motor de todo lo demás.

San Ignacio añade a lo dicho anteriormente, todavía otras formas de actividad interna: la consideración — «considerar y contemplar» — el advertir — «mirar, advertir y contemplar» —, el reflectir — «reflejar para sacar algún provecho» —, examinar, pedir, buscar — «para buscar con diligencia lo que tanto desea» —, repetir — «volver a concentrar la atención sobre algo ya pensado» —.

Todo ello, a fin de que vaya ahondando en el alma, el pensamiento junto con el sentimiento deseado, que lleva a la actividad tan ignaciana del «conocimiento interno».

Ya puesto el ejercitante en la misma lucha contra su sensibilidad y racionalismo, y en el vaivén de consolaciones y desolaciones que le azotan continuamente, se le pide siempre una actitud de ofensiva y valentía, como en la Regla 6.<sup>a</sup> de primera semana, por ejemplo:

«... mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia». (66)

O en la Regla 8.<sup>a</sup> también de primera semana, cuando se dice: «el que está en desolación trabaxe de estar en paciencia, ( ... ) y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación» (67). O bien en la Regla 7.<sup>a</sup> se le recomienda: «... que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino...» (68). Parecida actividad personal interna, hallaríamos recomendada al ejercitante en las Reglas 11 y 12:

«... piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor». (69)

---

(66) Ibid. n. 319, pág. 228.

(67) Ibid. n. 321, pág. 228 y 229.

(68) Ibid. pág. 228.

(69) Ibid. n. 324, pág. 229.

«... la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el oppósito per diametrum...». (70)

Se pretende con esto que el ejercitante saque experiencia y provecho de su trabajo y actividad espiritual, para evitar ser engañado en adelante. Y debe caer en la cuenta de que la táctica del enemigo, es procurar poco a poco «...hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada, se guarde para delante de sus acostumbrados engaños». Así reza la Regla 6.<sup>a</sup> de segunda semana (71).

Pero toda esta actividad del ejercitante debe ir, como se dijo anteriormente, dirigida y controlada por el mismo director, para que sea plenamente eficaz. Director y dirigido, en sus papeles de maestro y alumno, deben colaborar y compenetrarse mutuamente en todo el proceso pedagógico-espiritual de los Ejercicios.

En efecto, durante toda la marcha de los Ejercicios, los papeles del ejercitador-maestro y del ejercitante-discípulo han sido complementarios, íntimamente ligados. Les hemos visto unidos en el trabajo y actividad continua propia de las fases de los Ejercicios; en el terreno de adaptarse el ejercitador al modo de ser del ejercitante, y abrir éste su conciencia con humildad y docilidad a la mirada y a las normas del ejercitador; en buscar uno y otro los caminos mejores para encontrar la voluntad de Dios en la vida del ejercitante.

Esta interacción tan íntima, entre el director-maestro y el dirigido-discípulo, que hemos analizado en la tercera parte de este estudio, caracteriza el proceso dinámico de los Ejercicios Espirituales, hasta el punto de poderle llamar verdaderamente un método interpersonal de pedagogía religiosa. Ellos son los personajes esenciales que encarnan y realizan todo el proceso psicopedagógico en cuatro «semanas», y que hemos seguido en la segunda parte, como estructura evolutiva y como camino de desarrollo e integración de la personalidad, hasta llegar a la cumbre de la unión con Dios por amor que, un día experimentó y realizó primero y quizás como muy pocos, San Ignacio de Loyola.

MIGUEL BERTRÁN, S. I.

*Sarriá (Barcelona)*

---

(70) Ibid. n. 325, pág. 229

(71) Ibid. n. 334, pág. 231